

EL SALVADOR: ORIGENES DE LA CRISIS ACTUAL

Julián B. RUIZ RIVERA

Comprendo la osadía de abordar un asunto tan complejo, a corto plazo insoluble, que requeriría un planteamiento más extenso. Por otro lado, también es un tema que suscita pasión, según la posición ideológica desde la que se analice. Pero, por encima de todo, es un drama humano que está segando la vida de miles de personas, pese a que últimamente ha perdido espectacularidad para la prensa y ya no es noticia diaria. Ante todo, no pretendo centrarme en la situación presente del conflicto armado ni en sus posibles soluciones, sino únicamente analizar con mirada retrospectiva sus orígenes en el pasado. No en vano he vivido en El Salvador durante tres años y he tenido tiempo de apreciar la generosidad de su gente y la belleza de su tierra. Y ¡cómo no! a quien llega a conocerlo le duele El Salvador.

Un País ya inviable

Hasta años muy recientes El Salvador era con mucho el país más pequeño de América, diminuto incluso para niveles europeos, ya que equivale aproximadamente a la provincia de Badajoz. Sus 21.000 Km² sólo representan el 5 % del territorio centroamericano, el 20% de Guatemala, la centésima parte de México y la quinientava parte de los Estados Unidos. En población está por los 6 millones de habitantes con una densidad cercana a los 300 habitantes por Km², mientras que en el momento de la independencia era de sólo 10 habitantes.

Como **parte** de la Capitanía General de Guatemala, la alcaldía mayor de San Salvador tuvo un protagonismo grande gracias a su importancia económica y a los mandatarios que allí surgieron. Con la independencia no sólo duraron muy poco tiempo • unidas las antiguas provincias, sino que se independizó El Salvador, convirtiéndose en la quinta república del istmo. Este será el pecado original en su vida independiente, del que se derivan **en la actualidad problemas cruciales.**

El Salvador padece desde hace tiempo un problema de espacio. Prácticamente todo

el país se halla cultivado, salvo muy escasas zonas de montaña y una estrecha franja en la costa norte. Aun siendo el terreno montañoso, característico de zonas volcánicas, casi todo se halla cultivado gracias al café, que se adapta perfectamente a ese terreno siempre que esté protegido del calor por la frondosidad de los árboles. La tierra que no es para cafetal se emplea en cultivos de algodón y de caña de azúcar, especialmente en la región suroriental del país. El resto queda para milpas de maíz aprovechando hasta terrenos insospechados, o para pastizales de ganado.

Hasta tal punto escasea la tierra en un país de tan alta densidad de habitantes que en su legislación se reconoce la figura del ocupante ilegal de la tierra, del intruso o "squatter", porque se trata de un fenómeno cotidiano. Especialmente en las propiedades más grandes que carecen de suficiente vigilancia para impedir la instalación furtiva, con toda facilidad se instala una choza con cuatro palos y paja y se prepara un terreno para sembrar maíz. Con relativa frecuencia es imposible echar a estos intrusos una vez que se han instalado en un lugar, que no suele ser de tierras de monocultivo.

No hay tierra para todos y la que existe se halla muy desigualmente repartida, tan desigualmente que para principios de esta década el 0,85 % de los propietarios poseía el 77,3 % de la tierra, mientras que el 99,15 % no le quedaba sino el 22,7 % de la tierra. Hace más de diez años el 40,9 % de los campesinos no poseían tierra alguna, porcentaje que debe haberse incrementado. ¿Cómo se resuelve esta situación en un país tan diminuto, con tanta población y una agricultura comercial, no intensiva? Evidentemente, reequilibrando las desigualdades se lograría algún progreso, pero no suficiente para solucionar el problema. Sobra población y falta tierra. De ahí que hayan buscado tierra en Honduras, por medio de la emigración.

No hay quien pueda resolver el problema demográfico. La tasa de crecimiento anual se sitúa alrededor del 3%, lo que lleva a duplicar la población cada cuarto de siglo. El Salvador soporta una densidad de población más de diez veces superior a la del continente. Ante esta situación no cabe más salida que la migratoria, siempre que esté a su alcance, o la malthusiana, que es la que se está aplicando involuntariamente con la guerra. El 45% de la población tiene menos de 15 años, que junto con los de más de 60 suman más de la mitad de la población. Toda esta población es improductiva, aunque colabore en algunas labores domésticas o agrícolas. Una economía agrícola, que no es de tipo intensivo no puede sustentar a tanta población sin otros sectores económicos que absorban los enormes excedentes de mano de obra.

Es un hecho que el país no puede alimentar suficientemente a toda la población. Dedicando todo el país a la producción de alimentos —en ese caso muchos terrenos serían inapropiados— quizá se consiguiera cubrir las necesidades elementales, pero no habría medio de conseguir cosechas comerciales para compensar los intercambios con el exterior. La única salida que le queda a El Salvador, aparentemente, es la unión de los países centroamericanos para de algún modo aliviar su presión demográfica, aunque en los demás países tienen similares problemas económico—sociales.

La estructura del Monocultivo

¿Cómo cambiar la situación sin modificar la estructura agraria básica, el monocultivo? Este condiciona la tierra disponible y hace que la agricultura sea muy poco flexible, pues no se puede variar la cosecha de un año para otro. La experiencia salvadoreña con el monocultivo es secular: Primero fue el cacao, luego el índigo y después el café. Pero no pretendo igualar los tres casos. La situación actual no se había registrado nunca. El

monocultivo propició la concentración de tierra en propiedades mayores, pero sin arriesgar la subsistencia de los habitantes del país. En la situación actual sí atentan, puesto que las tierras del monocultivo privan de cualquier extensión de campo a dos quintas partes de los campesinos y 82 propietarios poseen la misma extensión de tierras de cultivo que 144.516, y el 99,15% de los propietarios apenas poseen la quinta parte de las tierras. El monocultivo actual en El Salvador está privando de comer a muchos habitantes. Cosa distinta es que la solución radique en el simple reparto de suelo de cultivo.

Para mediados del siglo XIX el indigo había perdido importancia porque se cultivaba en países de sueldos más baratos y porque aparecieron los colorantes sintéticos. El Salvador adoptó como producto rey el grano de café, aunque llevaba retraso respecto a Guatemala. Para favorecer este producto de la agricultura comercial el gobierno destrozó las propiedades comunales, obligando a dedicar dos tercios de esas tierras al cultivo del café, o, de lo contrario, traspasar las tierras al Estado. Ni las instituciones financieras ni el Estado se mostraron dispuestos a proporcionar el apoyo a las comunidades campesinas para esa transformación, siendo así que la mayoría de las tierras del café pertenecían a campesinos. Para rematar la operación, en 1881 y 1882 se dieron sendas leyes que abolieron las comunidades y las tierras comunales, porque, se alegó, los fundamentos de la república descansaban en la propiedad privada. Para poner en práctica estos decretos y servir a los intereses de los cafetales se crearon la Policía Rural y la Policía Montada.

Hubo varias insurrecciones campesinas antes de fin de siglo, pero la verdaderamente seria no se produjo hasta 1932 cuando Farabundo Martí condujo un levantamiento en las provincias occidentales, que tuvo un desastroso resultado pues, aparte de las 30.000 muertes, acabó con los líderes, y marcó una divisoria en la historia nacional.

Durante la primera mitad de este siglo el café constituía casi la totalidad de las exportaciones: 73 % en 1911, 80 % en 1921, 95,5 % en 1931, 79 % en 1941 y 85 % en 1946. En las últimas tres décadas ha descendido como consecuencia de la diversificación agrícola, pero todavía era de 57,6 % en 1982.

El monocultivo se ha roto en pequeña medida. Se ha dado entrada a los cultivos de algodón y caña de azúcar, sobre todo en los departamentos orientales de San Miguel, Usulután, La Paz y Morazán, pero no se ha roto la dependencia de esos tres únicos cultivos de exportación y la tendencia a una mayor concentración de tierras en menos manos ha continuado. Los monocultivos de exportación padecen una debilidad crónica en cuanto que dependen del exterior para la fijación de los precios, no son productos de primera necesidad o al menos son sustituibles por otros equivalentes o sucedáneos, y quedan sometidos a los países de grandes mercados que imponen condiciones incluso políticas. El voto de estos países en los foros internacionales lo condiciona el monocultivo o el tricultivo, aunque si somos realistas tampoco es muy lógico que el voto de El Salvador valga lo mismo que el de México o el de los Estados Unidos. Por tanto, el monocultivo ha acrecentado el proceso de concentración de la tierra privando a más gente del acceso a la misma, ha sometido al país a una tremenda dependencia exterior y no ha permitido satisfacer siquiera las necesidades básicas de alimentación de su población.

Para romper las imposibles condiciones que impone el monocultivo se han probado varias vías, si bien ninguna de ellas relativa a la tenencia de la tierra. Una muy débil tentativa de reforma agraria con Fidel Sánchez Hernández a principios de la década de 1970 acabó en golpe de estado. De mayor alcance es la del presidente actual, José

Napoleón Duarte, que se tiene que enfrentar no sólo a los que no desean perder tierras, sino a la situación bélica y a no dominar amplias zonas del país porque se hallan en manos de la guerrilla.

En la década de los sesenta se abrieron grandes esperanzas con el funcionamiento de la unión centroamericana que llevó a un rápido proceso de industrialización de El Salvador, bien que no de industrias básicas sino de transformación. Con todo, las perspectivas del país ofrecían nuevas posibilidades.

Sin solución política de recambio

La revuelta de 1932 marcó el final del ejercicio directo del poder por la oligarquía y el comienzo de los gobiernos militares utilizados para servir a los intereses oligárquicos. No quiere decir esto que no haya habido movimientos e intentos renovadores incluso dentro del ejército, pero han sucumbido en poco tiempo. El sistema político se ha desvirtuado porque el que manda de hecho no es el que lo hace de derecho, porque las consultas electorales han sido casi siempre fraudulentas y porque los civiles no han ejercido directamente el poder político. Los militares a lo largo de muchos años han demostrado su incapacidad para resolver los problemas del país ¿pero hay alguien más que pueda hacerlo, tras tantos años de autoritarismo, sin llevar al país al caos o a otro autoritarismo aunque sea de signo diferente? ¿Es que Duarte puede gobernar sin los militares o de espaldas a ellos?. Lo cierto es que los militares se han desgastado en el ejercicio del poder y no existe de momento solución de recambio.

Los gobiernos militares han sido instalados y sostenidos para mantener el orden oligárquico y para servir a los intereses individuales de sus caudillos. A cambio de servir como guardianes del orden se han podido enriquecer algunos en el ejercicio del poder y otros obtener ingresos adicionales y fraudulentos para compensar los bajos sueldos y su ingrato papel al servicio de otros. En cierto sentido ha podido servir como mecanismo de ascenso social que de otra forma les estaría vedado. De modo que el ejército no se ha prestigiado, aunque algunos de sus miembros sí hayan obtenido riqueza y mejora social a cambio de servir a los intereses oligárquicos. -

El instrumento político utilizado sistemáticamente ha sido la represión, amparados en la total impunidad, especialmente en zonas rurales. Han podido reprimir manifestaciones, prohibir partidos, perseguir organizaciones, torturar a presos y asesinar sin tener que justificar esos actos. Si las causas llegaban a los tribunales eran sobreesidas. Además, el instrumento propiamente político ha sido la creación de partidos políticos artificiales, con escaso arraigo, que tenían como finalidad casi única ganar las elecciones, es decir, servir de tapadera para justificar los fraudes electorales.

El régimen más represivo lo encabezó el general Maximiliano Hernández tras la revuelta de 1932 y duró hasta casi el final de la Segunda Guerra Mundial, en 1944. En esos años de crisis y depresión económica generalizada proliferaron esos regímenes. Hernández fundó su partido "Pro Patria" que trasplantó a nivel de Estado las relaciones de compadrazgo entre patrono y campesinos. Estableció un efectivo control administrativo, colocó a militares al frente de los puestos de responsabilidad a nivel nacional y local y deshizo todas las organizaciones sindicales y cofradías campesinas. Fundó el Banco Central y el Banco Hipotecario y nacionalizó las empresas municipales de electricidad. En la línea de algunos otros dictadores americanos del momento fue partidario en un principio de los países del Eje. Su intento de aspirar a un cuarto mandato llevó a la oposición a derrocarlo.

Tras un intermedio de estancamiento bajo el gobierno del general Salvador Castañeda, se hará con el poder el mayor Oscar Osorio tras un breve período bajo un Consejo Revolucionario. Osorio también fundará un partido, el denominado Partido Revolucionario de Unificación Democrática. Tanto Osorio como su sucesor, el coronel José María Lemus impulsaron la diversificación económica, tanto a través de una cierta introducción de nuevos cultivos, como por medio de la industrialización del país en un proceso de sustitución de importaciones. Si modestos en términos absolutos, relativamente hablando, los logros de esta década resultaron notables. Nada más en obras públicas valga destacar la presa "5 de noviembre" en el río Lempa y el "Puente de Oro" en la carretera de la costa para salvar el mismo río sobre una distancia de 800 metros. Nuevas demandas insatisfechas y la represión para atajarlas condujeron en 1960 al derrocamiento de Lemus.

Tres meses tardó el coronel Julio Adalberto Rivera en hacerse con el poder de la junta militar. Pero necesitó dar una apariencia democrática a su movimiento —Kennedy había iniciado su mandato— por lo que instauró una junta de gobierno y después renunció para presentarse a las elecciones presidenciales, no sin antes haber fundado su partido, el partido oficial, llamado esta vez Partido de Conciliación Nacional. El Gobierno norteamericano condicionó su apoyo a una real democratización, por lo que hubo que permitir partidos de oposición y una representación proporcional en la Asamblea Nacional, donde surgió la alternativa del Partido Demócrata Cristiano, cuya ala más dura estaba capitaneada por José Napoleón Duarte.

Rivera pudo seguir disfrutando de la mejora de condiciones económicas iniciadas en los gobiernos de la década precedente incrementándolas con la creación en 1961 del Mercado Común Centroamericano. Algunos cambios resultaron espectaculares. El comercio intrarregional aumentó en una década (1962-1972) a una media anual cercana al 30%, mientras que la industria no se redujo a sustituir importaciones, sino que produjo bienes de exportación, que desgraciadamente no requerían mucha mano de obra por ser de alta tecnología y con las únicas miras de hacer altos beneficios, recibieron incentivos legales y fiscales. Tales medidas no mejoraron más que a unos pocos. En 1965 se introdujo un cambio importante para los trabajadores agrícolas al fijar el gobierno un salario mínimo para los campesinos. En lugar de lograr una mayor independencia y un más alto poder adquisitivo, esta disposición consiguió crear más campesinos sin tierra y en paro, al eliminar las figuras de colonos y aparceros que habían existido durante siglos. Las cifras de campesinos sin tierra pasaron en pocos años del 12 % al 41 % en 1975.

El partido oficial ganó de nuevo las elecciones de 1967 con el candidato militar Fidel Sánchez, a quien tocó pelear la "Guerra del Fútbol". Aunque la aparente razón inmediata de los cinco días de guerra fueron los partidos de clasificación para el Campeonato Mundial de Fútbol, las razones de peso tenían que ver con disputas territoriales, con el desequilibrio comercial muy favorable a El Salvador y con los 300.000 salvadoreños afincados en Honduras que estaban desarrollando una agricultura familiar próspera. Para El Salvador esta guerra sirvió de distracción a los problemas económicos de baja de precios del café, pérdida de cosechas de algodón y excedentes de azúcar. Pero las consecuencias de la victoria militar fueron todavía peores, pues a parte de los \$ 20 millones del costo de la guerra, El Salvador perdió el mercado hondureño y vio cortadas sus comunicaciones terrestres con Nicaragua y Costa Rica al cerrarse la frontera de Honduras.

Fidel Sánchez, como algunos de sus antecesores inició reformas moderadas, especialmente las tocantes a una reforma agraria. Para estudiarlo se reunió en 1970 el

Congreso Nacional para la Reforma Agraria, en el que se instó al gobierno a restringir la sed de tierra de los hacendados y a defender el derecho de los campesinos a organizarse. Pero la aplastante victoria del PNC en las elecciones legislativas y locales de 1970 como consecuencia de la victoria militar sobre Honduras hicieron olvidar las promesas de reforma agraria.

El secretario del presidente, coronel Armando Molina fue presentado a las elecciones de 1972 en las que hubo que poner muchos impedimentos técnicos para evitar la victoria electoral de la Unión Nacional Opositora, formada por el Movimiento Nacional Revolucionario de Guillermo Ungo, la Democracia Cristiana y la Unión Democrática Nacionalista, bajo cuyas siglas se escondía el proscrito partido comunista salvadoreño. Al no obtener ninguno la mayoría tuvo que elegir la Asamblea a Molina aunque las acusaciones de fraude fueron muy aireadas.

La misma tónica de los gobiernos militares continuó en la década de 1970 aunque agravada por la situación económica internacional y por el mayor aislamiento respecto a la población. Molina combinó la lucha contra el comunismo en la Universidad de El Salvador, a la que privó de su tradicional autonomía, con una moderada transformación agraria, por la que prometió nacionalizar 60.000 hectáreas de tierras de pastos o de algodón en el este del país para repartir entre 12.000 familias campesinas. Con ello pretendía conseguir apoyo electoral para su candidato, el general Carlos Humberto Romero, quien en desacuerdo con la reforma, la borró de un plumazo. El agotamiento de los gobiernos militares era ya tan enorme que ni el partido oficial podía aparentar un rostro de legalidad, sobre todo en las elecciones de 1977. Los dos años largos de poder del presidente Romero registran, como ningún otro período, la espiral de manifestaciones masivas, huelgas, secuestros, represión gubernativa y asesinatos de escuadrones de la muerte, formados por grupos militares o paramilitares. El gobierno Carter no optó por el disimulo, sino por condicionar la ayuda al respeto de los derechos humanos.

El 15 de octubre de 1979 un grupo de Oficiales Jóvenes logró el control de la situación y la expulsión del presidente Romero. La pregunta era: ¿tenían los militares alguna posibilidad de éxito después de medio siglo de intentarlo todo en el poder? ¿Podría recurrirse a un gobierno civil?. El Ejército estaba agotado. Durante demasiados años había desempeñado las tareas de perro guardián de los intereses oligárquicos, en algunas épocas con ciertos éxitos en el desarrollo general, aunque siempre bajo una férrea mano. Pero cuando la presión interior y externa fueron más fuertes y los militares se vieron enfrentados al uso indiscriminado de la fuerza bruta sus días parecían contados. Los Oficiales Jóvenes del golpe de octubre buscaron credibilidad ante la población prometiendo reformas en una Proclama: fin de la violencia y de la corrupción, respeto a los derechos humanos y amnistía, reforma agraria, reforma de la banca y del comercio exterior, libertad para las organizaciones populares, restablecimiento de relaciones con Honduras y mejora de relaciones con Nicaragua. Se formó una Junta de Gobierno mixta, formada por dos militares, Majano y Gutiérrez, y tres civiles. Pero el Ministerio de Defensa se encargó al coronel José Guillermo García, del ala más dura del ejército.

El gobierno civil no era posible sin arriesgar una verdadera revolución, que, por supuesto no deseaban terratenientes y financieros, ni la embajada de los Estados Unidos, ni los partidos políticos, no integrados en el Bloque Popular. Incluso en este grupo de organizaciones hubo quienes estuvieron dispuestos a dar una oportunidad a la Junta, como el Ejército Revolucionario del Pueblo, que declaró un alto el fuego unilateral y el miembro de las Fuerzas Populares de Liberación, Salvador Samayoa, que aceptó ser Ministro de Educación. Pese a haber conseguido la colaboración en el gobierno de las

personas más preparadas del país, sus esfuerzos no tenían viabilidad. El poder civil no mandaba sobre el militar, que actuaba independientemente con toda dureza por una identificación del cambio con el comunismo y por el riesgo que corrían si triunfaba la insurgencia, como había ocurrido en Nicaragua. El 26 de diciembre el Ministro de Defensa y los integrantes del Estado Mayor irrumpieron en el Consejo de Ministros para dar instrucciones al gabinete. Ninguna mediación pudo salvar ya a ese gobierno.

El gobierno formado en 1980 seguía siendo militar con el solo apoyo de la Democracia Cristiana, plegada a las necesidades del momento. El énfasis dejó de ponerse en las reformas para acentuarse la "ley y el orden", que apoyaba decididamente la embajada norteamericana, porque su mayor obsesión era la insurgencia comunista. Los civiles muy poco tenían que decir pues las diferencias se registraban entre los militares que, si bien es cierto que tenían que enfrentarse a la guerrilla, cometían todo tipo de atrocidades en las operaciones de represión. Aquellos civiles que permanecieron colaborando con el gobierno del coronel Majano fueron los más intransigentes de la Democracia Cristiana, como José Napoleón Duarte, a quien apoyó decididamente el gobierno del presidente Reagan. En 1982 saldría elegido por las urnas, a las que no concurrió la izquierda, y contra los ataques de Arena y D'Aubuisson y los del Frente Democrático Revolucionario y del Frente Farabundo Martí, fue apoyado por los EE.UU, los únicos ya que podían mantener un país en quiebra y exigir condiciones para moderar al ejército y resistir las sucesivas ofensivas del FMLN, que se proclamaban ya como definitivas. La guerra abierta todavía hacía menos viable un gobierno civil.

¿Tiene solución El Salvador?

Puede tener solución aunque en un marco más amplio que el del propio país, es decir, a nivel centroamericano. La presión demográfica y socioeconómica de El Salvador necesita el aliviadero de la unidad centroamericana, ampliando con ello la circulación de personas y de mercancías. Esto no es nada fácil pues los salvadoreños son vistos como una amenaza en otros países por ser más activos y emprendedores..

En un mercado ampliado los salvadoreños tienen mucho que ganar, como ya lo demostraron durante el tercer cuarto de este siglo. Pero cuanto más tiempo transcurre más difíciles se presentan las soluciones. La inmensa mayoría de la población no puede llegar a ser propietaria de tierra, no sólo porque la tierra es insuficiente, sino porque la población se dobla cada cuarto de siglo. Una agricultura intensiva puede paliar ciertas demandas, pero no suele absorber más mano de obra, sino más tecnología y capital. Por consiguiente, sólo quedan o la salida de la emigración o la diversificación económica acelerada. ¿Es factible esta segunda opción?.

Posiblemente la lucha actual no se plantea a tan largo plazo. En el mejor de los casos, es decir, contando con apoyo financiero suficiente, la transformación del país llevaría a una elevación del nivel cultural y un desarrollo político y aproximación de las desigualdades sociales. La lucha hoy está planteada a corto plazo. Es más, en diversas ocasiones las fuerzas de la guerrilla han planteado el asalto al poder. El gobierno actual no posee el remedio porque precisamente necesita para mantenerse de aquéllos que más se oponen a la transformación del país, a saber, la oligarquía terrateniente. ¿Cuál es el remedio que propone el Frente Democrático Revolucionario?. Nada novedoso, porque en todos los campos, agrícola, industrial, comercial o financiero la medicina es siempre la misma: nacionalizar. La nacionalización se justifica por la necesidad de poner los recursos al servicio del pueblo. Bien, pues aun en el supuesto de que ese ideal funcionase —la

nacionalización no es más que estatalización- tampoco habría solución. Lo más trágico es estar condenado a seguir así para no ir aún peor. Puede que la obstinación y egoísmo de unos pocos haga inevitable la pérdida de libertad de todos, empezando por los que bajo un régimen que califican de opresor y represivo -y que lo es aunque haya mejorado- han podido organizar todos los grupos y difundir la propaganda, no sin numerosas bajas ciertamente.

Este momento, posiblemente, ya habría llegado de no haber mediado una intervención extranjera, como la de los Estados Unidos. Pero igualmente es posible afirmar que la insurrección armada se ha alimentado en el exterior. Como en todo fenómeno de estas características existen razones objetivas para exigir un cambio fundamental en cuanto a la propiedad de los medios de producción, aunque eso no bastaría. Todo lo que se diga sobre la injusticia económico-social y sobre la desigualdad política es poco, pero de nada serviría, si luego se llegaba a mayores injusticias. Pero posiblemente tendrá que llegarse a hacer comprender unos errores por medio de mayores errores.

Esta situación no es nueva en el país. Lo que sí es nuevo es el grado de intensidad en que se ha dejado sentir en la última década. ¿Qué factores han influido para cambiar el clima de opinión y movilizar tanto apoyo social? El agravamiento de los problemas ha sido central en todo el proceso, sobre todo, a partir de mediados de la pasada década en que la situación económica se volvió más difícil. Mas ha habido un auténtico clima prerrevolucionario propiciado por la desastrosa actuación de los gobiernos militares o seudomilitares y por la abierta campaña proliberación predicada por la Iglesia salvadoreña que ha producido mártires, como el P. Rutilio Grande, S.J. y el obispo Oscar Arnulfo Romero. La Iglesia organizó la catequesis rural para dar contenido al mensaje evangélico. Los catequistas laicos y propagadores de la Palabra se encargaron de difundir por barrios urbanos y por zonas rurales el mensaje de igualdad de los hombres y de su derecho a la liberación de la injusticia, de modo que lo que siempre había sido admitido comenzó a ser contestado. Mientras para unos pocos este mensaje era subversivo, para la mayoría era el Evangelio contemporáneo.

Los líderes pastorales y campesinos y el propio obispo Romero se encontraron apoyados por la Universidad Centroamericana de los jesuitas, lo que le imprimió un contenido intelectual al movimiento, un liderazgo político-técnico y un reconocimiento internacional. Incluso en el ámbito de la Iglesia Católica varios miembros de esta comunidad jesuítica se han erigido en líderes de la teología de la liberación. Esta Universidad que se había fundado con un fuerte apoyo de la oligarquía y que las clases más pudientes consideraban propia en contraposición a la Universidad Nacional, ahora seguía un camino distinto e independiente.

La situación fue peor en los años 1970, pero se agravó en 1979, a partir del golpe del 15 de octubre con la difusión del espíritu revolucionario. La obstinación de la clase oligárquica dificultó cualquier tipo de diálogo y hablaron las armas. Pero por muy importante que hubiera sido la labor catequética de la Iglesia entre los campesinos y la difusión ideológica desde los púlpitos y las cátedras de la Universidad Católica, se necesitaban los líderes que plasmaran las reivindicaciones en mensajes políticos, que organizaran a los cuadros directivos y que corrieran los riesgos de enfrentarse al poder. Ha faltado unidad entre ellos, posiblemente por no existir un claro enemigo común, como en Nicaragua fue Somoza.

La injusticia a secas es un enemigo más difuso que la injusticia encarnada en una familia o en un gobernante. Culpar a un partido sería irreal porque no ha habido partidos verdaderamente tales. Los representantes del poder económico hace muchos años que

no intervienen en la vida pública. De modo que sólo queda el ejército al que sólo se puede vencer por las armas.

Si el enemigo era difuso, la unidad no ha sido la nota distintiva de las organizaciones revolucionarias. Cinco organizaciones distintas forman parte del FMLN—FDR después de unificarse. Cada una de las formaciones políticas cuenta con su organización de masas y su brazo armado. La unidad consiste en que hay comités de coordinación en que las distintas organizaciones se hallan representadas, pero no en que exista una autoridad superior a la que se sometan todos. Esto ha restado eficacia y hubiera planteado muchos problemas de haber conquistado el poder.

Frente a esta situación el Partido Demócrata Cristiano, casi parece un partido de verdad. Ha sufrido sus escisiones de los considerados más liberales, ha experimentado el desgaste del poder, pero se ha mantenido y, con todas las limitaciones del caso, es el partido más votado en El Salvador. Porque no se presentan otros, dicen algunos. ¿Y por qué no lo hacen? Quizá pusieron la confianza en un triunfo extraelectoral que no ha llegado a producirse. La Democracia Cristiana ha realizado un trabajo ingrato al prestarse a poner un rostro civil a un gobierno militar. En muchos aspectos no ha mejorado la reputación de las conductas represivas y arbitrarias de anteriores administraciones. Nadie hubiera apostado por el gobierno de Duarte, pero ahí está, presentando un rostro más aceptable, sirviendo de interlocutor como no lo podrían hacer los militares y dando algunos pasos en mejorar el respeto a los derechos humanos y en realizar tímidas reformas sociales.

Ni Duarte ni posiblemente el ejército hubieran resistido el embate de la subversión sin la ayuda y el soporte de los Estados Unidos que han salvado al país de la quiebra económica —en gran parte como consecuencia de los gastos de guerra— y de la derrota militar, proporcionando a su ejército asesoramiento táctico, entrenamiento sofisticado y armamento mejor que el existente. De momento la intervención del gobierno norteamericano que ha ido incrementándose desde la llegada del presidente Reagan, ha impedido el triunfo guerrillero y del FDR. ¿Pero se ha hecho algo por resolver los problemas de El Salvador?

Los difíciles problemas de El Salvador tienen peor remedio con la ausencia de paz, de modo que sectores, incluso de la Iglesia que pedían antes la revolución suspiran hoy por la paz. La paz y el diálogo entre las partes. Una cosa parece clara a estas alturas: no es posible una victoria militar de uno de los contendientes. La guerrilla ha perdido las esperanzas de derrotar a un ejército reforzado y mejor preparado, así como el ejército debe pensar que es imposible acabar con la guerrilla a la que apoyan sectores amplios y en los que encuentra cobijo y escondite. No sé si la administración norteamericana cree en la posibilidad de derrocar al régimen sandinista, pero no cabe duda de que la presión de la "contra" a Nicaragua alivia la presión de la guerrilla al gobierno de El Salvador. Pero de sustraer a la subversión la iniciativa de la guerra a poder lograr su aniquilación hay una distancia por ahora insalvable.

¿Qué camino están dispuestos a recorrer unos y otros? Desde luego, de la noche a la mañana no va a tener solución una situación deteriorada tras muchos años. Los remedios, aun teniendo que ser traumáticos requerirán tiempo. ¿Cuánto tiempo se puede permitir esperar quienes necesitan una solución urgente? ¿Admitirán unas formas graduales y escalonadas? En el supuesto de que se acordara el cambio gradual ¿hasta dónde llegaría su voluntad de consensuar reformas? ¿Hasta dónde cederían en su programa de nacionalizaciones? La Banca se halla bastante maltrecha, y no costaría

mucho nacionalizarla. El comercio exterior es estatal. Pero ¿y la tenencia de la tierra, la industria y los transportes?

¿Y hasta dónde está dispuesto a ir el capital? ¿Admitirían una reforma gradual para evitar una total? La aparente recuperación reciente ¿no les hará falsear su valoración acerca de su fuerza real?. El gobierno norteamericano ha impuesto condiciones a Duarte para continuar su apoyo, sobre todo en la línea de respetar los derechos humanos, de controlar a los militares en sus labores de represión y de refrendar sus actuaciones con el apoyo popular. Mas ¿comprende las raíces de la insurgencia, las admite y está dispuesto a colaborar en su erradicación y no únicamente en la búsqueda obsesiva de la victoria militar contra el comunismo? Factores externos pesan sobre los sucesos de El Salvador. ¿Se los puede eliminar? Por supuesto que no. Lo que hace falta es que en lugar de competir en armamento las superpotencias y otras potencias menores rivalicen en inversiones y en personal para lograr la superación de las estructuras que ahogan actualmente al país.